

Claudia Amador
Altasangre

Alianza editorial

Primera edición: febrero de 2026

Diseño de colección e imagen de cubierta: Manigua

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Claudia Amador, 2026

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Alianza Editorial S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-168-2

Depósito legal: M-20943-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

Primera parte. Ensayos	15
Segunda parte. Noche de reinas	45
Tercera parte. Las malas lenguas	81
Cuarta parte. El Pegue de los Mundos	99
Quinta parte. Éxtasis	127
Sexta parte. La Lectura del Bando	149
Cómo quitarle la sangre a una prenda blanca	175

Dicen que de cachorra le gustaba morder: les arrancó pedazos de piel a tres sirvientas y a una casi la desangra. Lo sé porque las tres eran del pueblo. Me contaron que la señora Julia Vanterroso le ordenó a su hija, María del Pilar, que la domesticara porque así no les iba a servir de nada. Eso sí, la criatura nació con unos ojos hermosos, esmeraldinos, de embrujo bravo. Apenas la señora Julia la vio, se dice que se le puso la mirada de loba tierna y que no dejaba de repetir: *Hay que dejarla una seda, hay que dejarla una seda*. Ni más faltaba, si todos sabemos que de esa casa solo se exporta lo mejor: vestidos de hilo egipcio con bordados intrincados; Sanguina, la sangría más importante del país —ese destilado de sangre que no sacia para nada, pero que está bien visto tomar—, y, por supuesto, las crías más bellas de este platanal.

Te digo: esta última nació bellísima, pero les dio muchos problemas. La señora Julia hizo que le llevaran a un mujerón de Turbaco, Enriqueta, que sabía tratar con vacas, carneros y cuanto animal de lidia le pusieran al frente. Una tremenda mixta que mantenía a su familia a punta de sangre de ganado. ¿Qué te parece? ¡Sangre animal! ¡Y una aquí conformándose con las sobras del mundo!

Pero Enriqueta, como buena negociante, se atrevió a cobrarles caro. Yo ni me hubiese metido en ese lío. ¿Con esa familia? No, ¡prefiero morirme de hambre! Pero bueno, cuentan que al principio le embo-

lataron la cosa, la señora María del Pilar dijo que el marido no tenía plata para pagarle a una mixta. Sí, el marido que fue senador. ¡Pobrecito, con ese sueldo de nada!

Todo fluyó porque la señora Julia se enteró de que su hija andaba poniendo trabas y le pagó ella misma a Enriqueta. Y valió cada peso porque esa mujer fue la única que logró domesticarle a la bestia.

Es que Enriqueta era una mixta especial, niña, la señora Julia no iba a meter a cualquiera a la mansión y darle esa responsabilidad. Enriqueta tenía la piel gruesa, sana, impenetrable por el sol. Y algo hacía, algún menjunje raro que se inventó para que su olor no se sintiera entre los chupasangres. Te digo, su sangre era como agua. Dicen que era bruja —y que tenía línea directa con las ánimas que habitan el borde del mundo—, y eso provocó más respeto entre los pálidos, aunque ni creas, hay cosas a las que hasta ellos les tienen miedo. Dicen las malas lenguas —y tú sabes que hacerlas hablar es muy difícil— que a una de las señoras estiradas del Altasangre Club, la viuda de Alcázar, una amante del marido le mandó un ente que le dejaba chupetones todas las noches. ¿Qué tal?

¿Por dónde iba? Ah, cierto. Enriqueta no despertó ningún instinto dentro de esa casa, ni entre los nietos de la señora Julia —esos espejismos endemoniados de sí mismos y de los padres—, ni con el nuero inepto que tenía. Parece que la cosa fue hasta bien. A la señora Julia le gustaba Enriqueta porque jamás se sometió a su autoridad. La llamaba Julia, no *señora Julia*, como le decía hasta el esposo antes de desaparecerse; ni *doña Vanterroso*, como la llaman los arrastrados de la Costa, los medios de comunicación, las afiliadas al club y, especialmente, los extranjeros con olor a polvo. Con Enriqueta era Julia a secas. Entre brujas se deben entender, porque no es un secreto que alrededor de Julia Vanterroso también hay unas historias bien raras sobre su piel elástica y su relación con deidades dormidas... Pero pa' qué, Enriqueta hizo su trabajo como enviada por el de arriba, o el de abajo. Agarró a la fierecita y la aquietó: la sacó del corral donde tenía los juguetes y el plato del agua vueltos una nada —donde el encaje y los adornos se mezclaban con la sangre—, y le puso una correa al cuello que se amarró a su cadera. Así la llevaba a todos lados, como una ex-

tensión salvaje de sí misma, y la bestia no la mordió nunca. Nadie más se les acercaba.

La señora María del Pilar se molestó y se llenó de una envidia por la mixta que ni te digo. Estaba escupiendo celos por la boca dizque porque la criatura no se daba con ella, y más de una vez intentó hacer que echaran a Enriqueta. ¿Cómo la ves? Pero Enriqueta no le prestó atención: nunca recibió órdenes directas de ella, nunca se afectó por sus gritos y lloriqueos y nunca, pero nunca, la llamó por su apodo: Mapi. Me soltaron que, en uno de los ataques de rabia de María del Pilar, la señora Julia se cansó del tire y afloje y gritó tan fuerte que la casa entera se estremeció. Rugió tanto que manchó de sangre las paredes blancas y tocó pintarlas después. Vociferó como una posesa: «Si lo que se necesita para que se acabe esta vaina son mixtas, entonces me las traigo a todas del pueblo».

La bestia paró de morder a los dos meses y se dejaba bañar a los cuatro. Por fin se le quitó el hábito de intentar desangrar los muñecos de sus hermanos, los mellizos, y de descuartizarlos cuando no les salía sangre. Cuando Enriqueta por fin le comunicó a la señora Julia, con ese acento suyo tan rico y marcado, «Julia, ya está todo listo pa' la prueba», nadie le refutó, al contrario, armaron una fiesta con globos llenos de helio y cintas de colores. Imagínate, hasta sacaron sangre sin destilar de la fábrica de Sanguina que como muy bien sabes es ilegal —menos para ellos—, y se fueron al jardín de atrás.

Esos no escatiman en gastos, niña. La María del Pilar compró ropa finísima para ella y para los mellos, aunque el inepto de su marido, que justo llegaba de la capital, se puso un pantalón que fue del papá, de esos de tela gruesa, sin importarle lo que celebraban. La señora Julia se mandó a coser un vestido de encaje: un faldón amplio que jugueteaba con el piso sin tocarlo del todo. Patrones de hilitos rojos le atravesaban el dobladillo en punto de cruz, creando un monstruo elegante de retazos: un híbrido textil entre pollera de cumbia y vestido de coronación.

Se sentaron en pleno atardecer de diciembre, de los más bonitos que ha habido, mientras Enriqueta llegaba con la criatura amarrada a su cadera. Ver a la bestiecita tan limpia por primera vez les dio esperanzas, especialmente a Julia Vanterroso. Llegó la hora de la verdad: traje-

ron de algún cuarto escondido a una empleada nueva, una morenita flaca que en ese momento no podía tener más de catorce y que se la hubiesen servido entera si no fuese porque sufría de anemia. Y es que dicen las malas lenguas —y esto me lo dijeron sin que yo preguntara nada— que María del Pilar contrataba gente enferma para evitarse el escándalo de que el marido las probara.

Dejaron a la flaquita en la mitad del jardín, temblando cada vez que miraba a la criatura. ¡Qué pecado! Pero también qué inconsciencia: trabajaba en esa casa de depredadores y le tenía miedo a esa cosita de nada. Enriqueta calmó a la empleada, algo le dijo que la hizo cerrar los ojos y quedarse quieta. Un hechizo, una promesa eterna que luego sería cobrada, quién sabe. Enriqueta desamarró a la criatura. La dejó libre después de varios meses, suelta de madrina y de correa; esta caminó hasta la empleada y la olió, le pegó la nariz cerquita y la recorrió entera con la lengua áspera.

La señora María del Pilar casi se desmaya y el bruto de su esposo estaba más pendiente del cuellito huesudo de la flacucha que del rito de adiestramiento; eso sí, por ahí cuentan que, si la señora María del Pilar tiene la mala costumbre de meter a la casa gente enferma, el marido tiene otra peor... ¡se las come! Esa flaquita no tenía oportunidad: él le clavó el diente esa misma noche. Tú sabes que los hombres así no pueden controlar su animalidad, les gusta dejar todo hecho una... sí, ¡una mierda! Ah, pero lo importante es que al final no pasó nada en el jardín, la empleada estaba servida como un postre y la criatura se quedó obediente, pasmada, igual a una carnerita lista pa'l sacrificio. Los ricitos dorados la hacían parecer una muñequita. Te digo que en ese momento el atardecer se ralentizó, como cuando las cosas importantes pasan, las cervezas se mantuvieron frías por toda la ciudad, las malas lenguas empezaron a cantar un bullerengue lento y las brisas dieron vueltas, anticipando que iban a tener que trabajar más desde ahora, manteniendo fresco este infierno. El sol rojo iluminó su cara, sus rizos y sus ojos por primera vez; ahí la abuela supo que el monstruito estaba destinado a ser reina del carnaval.

María del Pilar lloró y todos aplaudieron mientras la niña corría a los brazos de Enriqueta. Ahí fue cuando la señora Julia le marcó al mis-

mísimo Leonardo Bahr, el dueño de todo el cemento que cubre este arenal, y le propuso un negocio de sangre: tenía a la esposa perfecta para su hijo, Leo Jr., la muñeca ideal para completar su imperio de juguete, la criatura más hermosa que ha nacido en este infierno húmedo que es la Costa: su nieta, Julieta Vanterroso.

Primera parte
Ensayos

Mientras la vieja Enriqueta agoniza en un pueblo costero, Julieta Vanterroso ensaya la danza del Garabato en el salón Rioja, bóveda majestuosa del Altasangre Club.

*Tapatá catá tum tum,
tapatá catá tum tum.*

Truena la tambora, marca el chandé.

El grupo —casi aquelarre— se diferencia por el vestuario: ellos, una camisa amarilla manga larga, un peto azul decorado y pomposo que parece la extensión delantera de la capa, un pantalón hasta la rodilla con medias altas —como la aristocracia francesa del siglo XVIII—, el sombrero blanco ataviado con cintas y lentejuelas, y esas caras blancas, fantasmales con dos mejillas rojísimas y burlescas; ellas, en cambio, bailan y giran en vestidos negros, voladores, como urracas respingadas con plumajes verdes, rojos y amarillos.

Sube la intensidad del chandé y el grupo se mueve en línea recta, como una lombriz tensa: celebran la vida, el festejo. La fila se fragmenta en dos partes del mismo gusano mutilado —una cola y una cabeza—, y el grupo de bailarines se empieza a entrecruzar. Disfrutan de la vida porque saben que la muerte acecha, la misma muerte con guadaña que llega ya por Enriqueta, sola y ciega en su casa de techo de latón,

en medio de un pueblo sin nombre. Nadie sabe que está muriendo y ella lo prefiere así: batallar una a una con la muerte. Simbi, su espíritu guía, culebra blanca que se desliza entre el reino de los vivos y los muertos (o como Enriqueta le dice: El Pegue de los Mundos), se lo advirtió tres noches antes, cuando reptó a través del río lechoso de su córnea.

Enriqueta siente a la muerte acercándose con cada golpe de tambora, con cada *pumpum* que invoca truenos y relámpagos; el final es audible, la vida que se le escurre. La muerte no huele, no se ve: suena a chandé lastimero. Se levanta de la cama, sudada y fría, y se mantiene firme. Ella está destinada a enfrentarse a la muerte, así como lo hará Julieta en pocos segundos, en el Garabato que ensaya, a ciento treinta y seis kilómetros de distancia.

Enriqueta agarra el bastón en medio de su agonía para plantársele a esta muerte vestida de negro, con el esqueleto pintado. Ella sabe que va a perder, porque es una lucha destinada a perderse, pero ¿qué más iba a inventar? Toda la vida peleó con las uñas. No se irá sin poner resistencia.

Quienes degustan la victoria, que se creen capaces de herir a la muerte, son los del aquelarre de la danza del Garabato: perderán algún día, pero no aún, no mientras el ritmo acelere y haya fuerza para bailar. Julieta sostiene el bastón de lentejuelas. Cuando la muerte aparece, quién sabe por dónde, se presenta moviendo los hombros, bailando mejor que todos, porque la muerte es la dueña de la música —y las malas lenguas insisten en que el diablo es su mejor intérprete—. Llega con agilidad, saltando, como un espíritu descarrilado, de esos a los que Enriqueta evita en sus rezos a entes invisibles. Se enfrenta al grupo de bailarines, a Julieta, la reina de las urracas, pero también a Enriqueta y a todos los que en ese instante tienen que morir: la muerte siempre baila y trabaja, mata gozando porque para ella llevarse a las almas es una faena.

La joven reina tiene los movimientos aprendidos y coreografiados, no es la mejor bailarina, pero es buena ejecutora: una asesina del azar. Puede seguir el compás con sincronía y exactitud de metrónomo. Levanta el bastón y arremete un ataque rastrero a los pies de la muerte, que brinca y vuelve del borde del mundo en compañía de almas perdi-

das. Los muertos que se ha comido Julieta, cuya sangre ha gozado, abuchean para distraerla, para que la muerte se la lleve. Ella lanza el palo de madera de guayacán al pecho de su contrincante, que lo esquiva con una marometa y una burla.

Los fantasmas se alinean con los bailarines de Garabato y rodean a la reina, gritan, hacen porras. ¡Que la muerte los deje vivir otro carnaval! ¡Que se mueran sin saber, bailando! Julieta sabe que la pelea solo está coreografiada hasta cierto punto, porque la muerte es tramposa y no respeta las normas del tiempo ni de la vida.

Enriqueta, en su delirio agónico, está en el mismo lugar que Julieta. Escucha las porras, siente el sudor del baile. A lo lejos, los susurros de las malas lenguas le advierten cosas, le piden cautela. Tiene el bastón empuñado y lucha contra esa muerte rebelde que brinca y lanza guadañazos. Son, de nuevo, un único ser, como cuando Enriqueta se la enganchaba de niña a la cadera: «Tú eres otra pierna mía», le decía, «una pierna y dos ojos». A Julieta se le atraviesa el recuerdo vívido de Enriqueta: cómo la alimentaba en su infancia y la arrullaba entre vísceras hervidas, bracitos jugosos, reprochándole entre risas: «Come, monstrico, que te estás poniendo flaca». Enriqueta, que le abrió las puertas a una vida de sangre, soledad y placer.

Pero Julieta no piensa más en Enriqueta porque la muerte contraataca, cortándole por la mitad el recuerdo. Como bailarina o reina está en desventaja. Los colmillos se le despliegan entonces, porque percibe el pulso de la muerte por encima del golpe del chandé. ¡Qué regalo inesperado! El corazón late con la tambora. *Tacatá catá pum pum*. Ella es más que una reina de carnaval, es la reina que imparte muerte: depredadora de depredadores, perpetuadora escondida de masacres. Escucha pulsos de mixtos y purasangre por igual. *Pum, pum. Pum, pum.*

Yo te amé con gran delirio,

suenan en la garganta rasposa de la cantora invisible,

de pasión desenfrenada...

Pum, pum.

*Te reías del martirio,
te reías del martirio,
de mi pobre corazón.*

Los pulsos de todos los presentes forman una gran percusión. Si hubiese estado más atenta, Julieta habría escuchado el latido errático de Enriqueta que se arrastraba dos tempos. Un latido fuerte que se detiene, antinatural, como una exhalación; como si, en vez de desaparecer, se hubiese congelado en el tiempo. La guadaña de la muerte rastrella la piel expuesta de la reina. De la reina y de todos los condenados.

Y si yo te preguntaba,

sigue la cantora, más rápido, con afán de despecho:

*Pum, pum...
El porqué no me querías...*

Enriqueta pierde la lucha con la muerte y, con eso, es como si Julieta la perdiera, como si pudiera presentir la oscuridad, el abandono y la tristeza de hallarse en una danza que era más que una danza macabra: una guerra de poder y orgullo. Sin embargo, el Garabato tiene un secreto que es parte del espectáculo: el grupo está conformado por mixtos y purasangre, todos bebedores de sangre; pero quien interpreta a la muerte es humano. Un humano que la muerte posee, sí; pero humano al fin y al cabo.

Julieta tiene el permiso de mostrarse tal cual es, monstruosa y sedienta, porque en el carnaval todo se vale.

Y le hinca el diente a la muerte.

Y explota su yugular sobre los bailarines.

Y estos celebran, se hartan del elixir de la fiesta eterna.

Es un ritual y es un mensaje: en la Costa, entre la sangre y la gozadera, se vence a la muerte. No solo se la vence; se la comen, la desangran.